

Dibujar para los niños venezolanos

monika doppert

[Monika Doppert es directora de arte de Ediciones Ekaré, Banco del Libro de Venezuela.]

Para los niños es una necesidad vital orientarse en el mundo en que viven, para poder actuar en él de una forma consciente y exitosa. Los cuentos que los adultos les echan, las imágenes que se les presentan en los libros, revistas y películas, inciden en este proceso de orientación. Son interpretaciones de la realidad de las cuales los niños sacan informaciones y modelos de conducta.

Cuando estas informaciones y modelos no coinciden con lo que el niño conoce por su propia experiencia, se le crea un profundo desconcierto. La falta de coincidencia entre realidad e interpretación de la realidad le puede llevar a pensar que su vida y sus relaciones con el medio que lo rodea son un fenómeno marginal que no cuenta sino en la medida en que se acerca a los modelos difundidos a través de los medios de comunicación. Esto le crea obstáculos para aceptarse a sí mismo y a su propio ambiente y le impide actuar en él de manera productiva. En fin, contribuye a convertirlo en un alienado.

Las imágenes en los libros para niños

Los libros para niños no escapan a la situación antes descrita. La característica más resaltante en las imágenes que llegan a los niños venezolanos a través de los libros infantiles que están en el mercado es la ausencia total de nuestra realidad tal como se presenta a nuestros ojos hoy en día.

En los pocos casos en que esta realidad aparece, casi siempre está dada con una visión turística, superficial o caricaturesca. Los héroes de las publicaciones masivas, ya sean de comiquitas o de textos escolares, tienen mandíbulas cuadradas que responden al ideal de belleza masculina norteamericano, aunque estos personajes ocasionalmente estén disfrazados de indios y negros; y aún en las ilustraciones de cuentos venezolanos todavía es frecuente encontrarse con casitas de techos de dos aguas y chimenea humeante, niñitos con cachetes rojos, en fin, el arsenal demasiado conocido de estereotipos importados. Llega a tal extremo la alienación, que el tigre que uno encuentra en algunos textos escolares de ciencias naturales, no es el tigre mariposa que habita en los bosques venezolanos, sino el tigre asiático que puebla las películas e historietas importadas.

Aún los libros infantiles importados de muy buena calidad que se consiguen en las librerías, si bien en sí son excelentes, reflejan una realidad lejana y pueden ser deformantes mientras no exista al lado de ellos una producción de libros venezolanos de calidad que les permita a los niños reconocerse en ellos de una forma inmediata. Hasta entonces, sus contactos con los libros les harán pensar que sus propias experiencias son equivocadas e inútiles porque no tienen nada que ver con lo que aparece en los libros. O bien que los libros son inútiles porque no tienen nada que ver con la vida.

El papel de los ilustradores

Es evidente que una literatura infantil que se propone ayudar a los niños a relacionarse con su propio mundo de una forma sana, tiene que romper con los esquemas y estereotipos ajenos. En este proyecto les toca a los ilustradores desprenderse de los modelos extranjeros y salir, junto con los niños, al encuentro con la realidad que vivimos aquí y ahora.

Eso, aunque parece una cosa natural y sencilla, no es nada fácil, porque los adultos que hoy tratamos de dar a los niños una visión no distorsionada de nuestra realidad, somos en mayor o menor grado parte y víctimas de la corriente general de desorientación e inseguridad respecto a nuestra propia identidad. Solamente en la medida en que tomamos conciencia de este hecho, somos capaces de intentar

alternativas.

Aparte de los obstáculos que cada uno de nosotros encuentra dentro de sí mismo, hay otros que están fuera de nosotros y hacen difícil poner en práctica lo que nuestra conciencia y sensibilidad nos aconseja. Los modelos de éxito influyentes en el ambiente, que ejercen presión sobre el ilustrador son prácticamente todos extranjeros. Al nivel más bajo, el del dibujo publicitario, son los Superman, la familia Disney y todos los estereotipos de clase media consumidora norteamericana. En un nivel estético más exigente, son los ilustradores famosos norteamericanos, europeos y japoneses cuyos trabajos aparecen publicados en las revistas internacionales de diseño gráfico. Independientemente de su nivel artístico, todas estas formas y estilos han nacido de vivencias en circunstancias y ambientes lejanos, y son expresiones —auténticas o deformadas— de realidades lejanas.

Pero desprenderse de estos modelos exige una buena porción de valor personal, porque significa apartarse de la línea de éxito probado y arriesgarse a quedar "fuera de onda". También significa prescindir de los resultados aparentemente perfectos, logrados a través de la imitación, para pasar por una fase de inseguridad y búsqueda que por algún tiempo no arrojará sino dibujos imperfectos y tal vez mas o menos torpes. Pero en nuestra situación lo que más nos conviene es desprendernos de la ideología de los resultados rápidos y comprender que el **proceso** tiene una importancia mucho mayor en estos momentos que el resultado inmediato. Para dar este paso la posibilidad de trabajar con editores y autores conscientes significa un apoyo muy importante para el ilustrador expuesto a las presiones del ambiente comercial que en todos sus niveles le insinúa que siga usando los estereotipos vendibles.

¿Qué es un estereotipo?

En la técnica de imprenta, el estereotipo es el cliché, el molde que sirve para copiar un modelo original en gran cantidad. Para usar el estereotipo, el operario no necesita reflexionar sobre el original, sólo tiene que aprender la técnica de copiar.

En la vida diaria, un estereotipo es una imagen esquemática, simplificada, superficial de alguna cosa o persona. Esta imagen se nutre de generalizaciones, opiniones de segunda mano y prejuicios; y se reproduce y multiplica irreflexivamente. No penetra en ella la realidad compleja, rica y contradictoria. Es una imagen prefabricada y empobrecida que existe y persiste gracias a nuestra falta de confianza en nuestra propia capacidad de observación y en nuestro criterio, y gracias a nuestra inercia mental.

Ella sustituye la observación y reflexión propia y puede terminar por impedir la y atrofiarla. El que usa estereotipos se resigna a ver con ojos ajenos.

¿Cuáles son las alternativas?

Es evidente que no se gana nada con rechazar el estereotipo extranjero y sustituirlo por uno nacional. Todas las búsquedas de lo típico venezolano o del prototipo llevan inevitablemente de nuevo a la imagen estereotipada.

No existe, por ejemplo, "el niño venezolano", como no existe "el niño norteamericano" ni "el niño" de ningún país del mundo. No existe "el niño venezolano" que pueda representar en una sola imagen a todos los niños de Altamira y a todos los niños del 23 de Enero, los del Delta Amacuro y los de un pueblo perdido en los llanos. Existen millones de niños venezolanos, cada uno un personaje con su historia individual, con sus alegrías y problemas, con sus secretos de niño y sus vivencias, un ser humano e imperfecto. No existe "la familia venezolana": hay muchas formas de vivir y convivir, cada una un reflejo de una situación económica y social, y resultado de una voluntad o un fracaso individual. Tampoco existe "el árbol", "la naturaleza", "la flor", sino la inmensa riqueza de formas y colores que produce la naturaleza, aquí como en otras partes del mundo.

La famosa y tan triturada identidad nacional no se encuentra ni se expresa sino en las millones y millones de formas y vidas *individuales*.

¿Qué conocemos de nuestra realidad?

Tendremos que confesar que nuestra realidad es un continente desconocido en el

cual nuestras experiencias ocupan apenas una pequeña área que desaparece en el mapa. ¿Quién de nosotros ha explorado siquiera el mundo complejísimo y desconcertante del ambiente urbano de Caracas, un mundo lleno de hallazgos visuales y contenidos inexpresados? ¿Y quién puede decir que conoce el campo, la riqueza de formas de la naturaleza venezolana, el mundo escondido de la vida de los pueblos? ¿Quién de nosotros tiene suficiente material acumulado en su memoria o en sus dibujos? y ¿quién está suficientemente sensibilizado para poder expresar algo de eso, sin tener que recurrir a simplificaciones esquemáticas, y a informaciones abstractas y de segunda mano? El trabajo es tan fascinante como inquietante, porque estamos frente a la pura materia prima, y para procesarle nos toca a nosotros mismos, darle forma, coherencia y significado a nuestras observaciones y vivencias de cada día, porque los modelos conocidos nos sirven muy poco, (aunque en cierto momento de este proceso, estaremos preparados para asimilar las enseñanzas de toda la historia del arte universal, del maestro Hokusai, de Pieter Breughel y de tantos otros observadores de la realidad). Pero si emprendemos el trabajo con la curiosidad y la pasión que merece, nuestros dibujos ganan una vida y una originalidad inesperada, y nuestro lenguaje plástico se enriquece con los nuevos contenidos.

Sin embargo, no es nuestra preocupación principal hacer dibujos más originales, ni tener un lenguaje plástico más rico, sino ir descubriendo nuestra verdad. Y eso es lo que también les debemos a los niños. Tenemos que aprender a mirar sin valorizaciones previas. Todo es importante, todo es interesante, nada está descartado de antemano como tema. Si bien la herencia cultural indígena, las manifestaciones del folklore, las casas coloniales, el liqui-liqui y el cuatro son partes de la verdad, también lo son los edificios y las autopistas, el mensaje radial desde la "Tango-Tango-Fox", las polvaredas que levantan las maquinarias de la construcción del metro en la Plaza Venezuela, las cataratas de aguas anaranjadas en que se convierten las escalinatas de barrio con un aguacero fuerte, y el ruido de la basura que estas aguas arrastran cuesta abajo. Y también son parte de la verdad la violencia diaria, la destructividad y los contrastes sociales acusadores.

Los niños viven y perciben todas estas verdades contradictorias y conflictivas, y nosotros los adultos les debemos una respuesta, también a través de las imágenes, a sus preguntas expresadas o inexpresadas.

Dibujar es interpretar

La tarea del ilustrador no se agota en descubrir y registrar los elementos de la realidad. Es inevitable que la interprete, que a través de su dibujo tome posición. Si uno dibuja, por ejemplo una procesión de viernes Santo en un pueblo, la puede presentar como un espectáculo pintoresco, visto con ojos de turista, puede interpretarla como una manifestación hermosa de una vida en comunidad con valores intactos, o puede dibujarla como un rito hueco, hecho para someter a los inocentes.

El dibujo de un aeropuerto puede ser un himno ingenuo al progreso, o puede mostrar al aeropuerto como un ambiente frío, impersonal, mecanizado, o puede hacer sentir la emoción de las despedidas y llegadas y de los viajes largos a países lejanos.

Al igual que el autor de textos, el ilustrador carga con la responsabilidad por la interpretación de la realidad que les comunica a los niños a través de sus dibujos.

Por lo demás, para "llegar" a los niños no hace falta ni conviene disfrazarse de niño e imitar su forma de expresarse. Nuestro trabajo inevitablemente trasluce algo de nuestra personalidad y se transmite a los niños. Todo lo que podemos tratar de lograr es que sea la personalidad de un adulto más o menos sincero, cálido y no totalmente despojado de esperanzas.

Y, por último, cuando hablamos (y dibujar es una forma de hablar), a veces nos embriagamos con el ruido de nuestra voz, o escuchamos con demasiada ansiedad las opiniones de los colegas y los críticos de arte. Entonces conviene detenemos y escuchar un rato a los niños, para no perderla orientación.

Como dice Bertold Brecht, "Maestros, no olviden de escuchar, mientras estén enseñando".